

## LA CRÍTICA EN LA EDAD ATENIENSE

Alfonso Reyes

La producción de Alfonso Reyes ha venido a enriquecerse con un nuevo libro, que ha de ocupar destacado lugar en la, por desgracia, no muy copiosa literatura contemporánea en lengua española sobre la antigüedad clásica. El día en que se compile la bibliografía del gran escritor mexicano, como ya se ha hecho con la obra de otro maestro, Ramón Menéndez Pidal, podrá apreciarse en su justo valor todo lo que a Reyes debe la literatura universal en el campo de sus más variadas manifestaciones.

Defínese primeramente la crítica en el libro que nos ocupa como el examen, fundado en sensibilidad y conocimiento, que procura el disfrute y la estimación de la obra literaria, explicando y poniendo de relieve sus valores o justificando en su caso la censura. Así delimitado su concepto y separado debidamente del de la historia de la literatura, teoría de la misma y preceptiva, hácenos ver el autor cómo la crítica nació frecuentemente confundida con la filosofía estética, la moral o política, la erudición textual, el comentario gramatical y lingüístico y la enseñanza técnica. El propósito fundamental es el estudio de los orígenes y evolución de la crítica griega, dentro de la primera etapa de las siete en que el autor divide su historia, o sea en los límites de la Edad Ateniense, que va desde 600 a 300 antes de la Era Cristiana, examinándola en sus principales manifestaciones.

Acertadamente se nos anticipan los resultados de la crítica helénica, condensados en los seis principios siguientes: 1. Fundamentos de la gramática; 2. Fundamentos de la crítica textual; 3. Fundamentos de la métrica; 4. Investigación de una forma trágica; 5. Investigación de una forma épica; 6. Cánones de la oratoria y atisbos del arte de la prosa.

No puede por menos de observarse examinando los principios

anteriores, que la poesía lírica no fué materia sobre la cual se ejercitara la crítica griega. Reyes encuentra la explicación de este fenómeno, cuya existencia se han limitado a reconocer los tratadistas, sin dar ninguna interpretación acerca de su posible significado, ya en la tendencia filosófica y retórica de la crítica, ya en el hecho de haber sido la lírica parte integrante de la música y la danza, artes en las que el ritmo y la coreografía dominaban sobre el elemento puramente verbal, ya, sobre todo, porque el carácter individual, privado y a las veces ocasional de la lírica obligaba a ésta a ceder ante otros tipos artísticos, representativos de intereses más generales. Sea como fuere, el autor sólo se limita a apuntar la explicación del problema, dejando a los especialistas el cuidado de resolverlo.

La historia de la crítica en la Edad Ateniense se divide, pasando ya del período de los orígenes o de la crítica indefinida, en los siguientes capítulos: I. La era presocrática o la exploración hacia la crítica; II. La era presocrática: Los historiadores; III. Sócrates o el descubrimiento de la crítica; IV. El teatro o la captación de la crítica; V. Aristófanes o la polémica del teatro; VI. Platón o el poeta contra la poesía; VII. Isócrates o de la prosa; VIII. Aristóteles o de la fenomenología literaria; IX. Teofrasto o de la anatomía moral.

El análisis profundo, detallado y erudito, lleno de personales conclusiones, que de hoy más habrá que incorporar a las adquisiciones científicas en este campo, de las manifestaciones varias de la crítica literaria a lo largo del extenso período de tres siglos, que se inicia simbólicamente con la conquista de Salamina en 604 a. C. bajo Solón, y se cierra en los últimos años del siglo IV a. C. con la partición de la herencia de Alejandro, permite al autor comprobar en primer término la escasez con que se muestra el criterio puramente estético, y lo conducen, en unas páginas, admirables de contenido y de forma, a intentar la explicación del hecho contenido en la inquietante pregunta: ¿Puede alcanzarse la obra de suma belleza sin una percepción teóricamente de la autonómica belleza?,



para concluir que no es la "sonrisa de Grecia", ni el "milagro griego", sino el "enigma griego", lo que se ofrece a nuestras reflexiones y a nuestro asombro.

*La Crítica en la Edad Ateniense*, cuyo contenido es imposible condensar en breves líneas, es una obra propiamente magistral, obra de orientación cabal, que lleva a su lector como de la mano a lo largo de un camino intrincado y difícil, iluminando sus pasos con un admirable sentido de ponderación y equilibrio. La erudición extraordinaria de Reyes viértese en una prosa que sería ocioso calificar: la prosa de un gran maestro de las letras hispanoamericanas.

Agustín MILLARES CARLO.

*Filosofía y Letras*, México,

abril - junio de 1942. No. 6.

Págs. 271-273.

#### LA PROSA DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes, *Los siete sobre Deva* (Sueño de una tarde de agosto).  
Ediciones Tezontle, México, 1942.

Los libros, los múltiples ensayos aparecidos en revistas de todas latitudes, las conferencias y aun las charlas mismas de Alfonso Reyes, tienen una distribución que recuerda la de una vida bien ordenada, planificada por un hombre sensato. Meditaciones sobre nuestro destino mexicano y americano y juegos poéticos; austeras reflexiones sobre el fenómeno literario y fantasías en donde toda curiosidad tiene cabida; la antigüedad clásica traída hasta nuestras actuales preocupaciones, y llamadas de atención hacia lo más destacado de la modernidad; y aun la gracia y la malicia dejando un rastro amable dentro de la sequedad de las investigaciones, o la lección moral o filosófica en aquellos divertimientos que parecen pura frivolidad. Elástica juventud de Alfonso Reyes tal la de un pensador que sabe a la vez practicar con gallardía los deportes y no desdeña entregarse a su tiempo a la pura delicia de lo intrascendente. Quizás él no suscribiera del todo aquella no vacía de petulancia afirmación de Ortega que pretendía que el pensador había de abstenerse de toda participación en la vida misma, para situarse sólo en puro espectador de su movimiento, o lo que en más llano castellano suele decirse "ver los toros desde la barrera". Ortega asistía de mala gana al golf y especulaba desde su palco; Reyes prefiere jugarlo como prefiere también jugar la vida, aunque luego se esconda en su taller para apuntar sus meditaciones. Y aun en su retiro, piensa que es mejor escribir con el mismo traje que llevaba *afuera*, y no impide que en su obra queden los rastros del bullicio. Ha descubierto en ellos una gracia incalculable, una frescura que se ha enseñado a usufructuar con maliciosa sabiduría.

*La Antigua Retórica* y *Los Siete sobre Deva*, los dos libros que Alfonso Reyes ha publicado recientemente, ilustran con exac-



titud lo anteriormente escrito. Al lado del tratado que resume las enseñanzas de la retórica entre los antiguos griegos y latinos, este otro delicioso Sueño de una Tarde de Agosto, cuya lectura ha provocado estas reflexiones.

*Los Siete sobre Deva* es una pequeña fantasía literaria. Música de cámara para un septeto, cuyos movimientos los integran grandes y discretas sabidurías, fugaces meditaciones de los más variados asuntos: el tratado de los misterios de un viejo sillón, las corrupciones gallináceas, la Ley de la Constancia Vital, las "fuentes" de Rasputín, o menudas anécdotas, cuentos y observaciones de todas categorías. "Silva de varia lección", como debiera llamarse hace unos siglos, y poco después, "Cajón de sastre", dice de su fantasía Alfonso Reyes. La escena, un rincón de la tierra vasca descrito con una prodigiosa luminosidad, Deva, donde cuatro hombres se dedican a comer con toda convicción de la seriedad de su trabajo. Luego, tres paseantes simbólicos, Oceana, Epónimo y Américo, que discurren, por la vega adentro, de los variados asuntos que integran el tomito. Los unos cumplen la función básica de la alimentación humana, que hace posible la disertación de los otros, su libre devaneo de éstas a aquellas materias.

Pero detengámonos en la prosa y en su estilo. Por supuesto que las siguientes observaciones no incumben solamente al presente opúsculo. Más bien ellas habían estado rondando al lector y de pronto se aclararon, cuán relativamente, en la reciente lectura. Un misterio, una magia que quiere explicarse, reducirse a retórica aplicable y aprovechable. ¡Si pudiera codificarse en una retórica el estilo de Alfonso Reyes! Si ello fuera posible, la calidad general de la prosa castellana crecería en un fabuloso porcentaje; cuántas tesoras se ablandarían, cuántas asperezas se tornarían tersas y ágiles, cuánto más amable se volvería el vicio de la lectura. Alfonso Reyes maneja una sabiduría total, no sólo de libros y ciencias varias, sino de todas las humanas experiencias, aunque ellas se llamen los instintos de las urracas o de las víboras, los niños y los alimentos o las más extrañas pasiones humanas. La suya es una riqueza barroca, lujuriosa, mas al mismo tiempo con una armadura y una dispo-

sición clásicas. Pero barroca sólo por la cantidad que no por la uniformidad en la repetición de unos mismos elementos decorativos, porque los de Alfonso Reyes, aquellos que sazonan su prosa, son de todos los matices y de todas las latitudes; de todas las intensidades también, porque se perciben según el paladar más o menos astuto o educado del lector o según los ímpetus de descubrimiento que se alimenten. El ejercicio literario tiene al mismo tiempo virtudes de varios otros menesteres; en él participan a la vez la laboriosidad cotidiana del zapatero, las luces divinas del profeta o del adivino, y la insondable e infusa sabiduría de las cocineras. Los escritores que todo lo confían a una sola de estas dimensiones, acaban siempre en brumosos o ilegibles, y nos es preciso leerlos en atención a su nombre o a unas remotas enseñanzas o bellezas que nos aporten. Alfonso Reyes, en cambio, ha aprendido, quién sabe desde cuando, que es preciso no desechar ninguno de estos procedimientos para alcanzar una prosa diáfana y siempre amable. Sazona con una hechicera sabiduría y pudiera preguntarse, como Sor Juana, si su gracia no se la han prestado los sabrosos condimentos de su tierra. Retoca y pule con la fácil elegancia de un dios ordenando el universo. Y tiene una gracia infusa, las finezas del divino amor que también decía Sor Juana, que todos le envidiamos.

La realidad, luego de la mirada de Alfonso Reyes, queda henchida y encinta, como aquella muchacha del cuento de Barbey D'Aurevilly, que se sintió preñada al sentarse en la butaca que había calentado Don Juan; y la organiza como una unidad sinfónica, movable y sosegada, caprichosa y sabia en su capricho, intencionada y repentina. Hace tiempo que no es una exageración afirmar que la mejor prosa española se escribe en México y quien la escribe es Alfonso Reyes. Ahora, él no es solamente la figura literaria más alta entre nosotros, sino una de las más claras voces de nuestro mundo.

José LUIS MARTÍNEZ.

*Tierra Nueva,*

México, diciembre de 1942.



## LA ANTIGUA RETÓRICA

Alfonso Reyes

*Fondo de Cultura Económica, México.*

Reyes se interesa, entre otros capítulos esenciales de la literatura, por los Griegos, Ruiz de Alarcón, Góngora, Mallarmé, etc. Otras tantas series de artículos, prólogos, notas, cursos y libros marcan infatigablemente tales simpatías. Cuál de estas direcciones en la producción del polígrafo mexicano sea la que nos proporciona frutos más maduros y sazonados, toca decirlo a los nuevos críticos, como Antonio Castro Leal, que ya una vez esclareció estos temas en ameno diálogo.

Desde el remoto ensayo sobre las tres Electras hasta el libro que reseñamos, Reyes ha seguido indudablemente una trayectoria ascendente. Su competencia científica actual la abona en reciente carta, nada menos que el doctor Werner Jaeger, la máxima autoridad, por hoy, sobre cuestiones helénicas. Dueño absoluto de los recursos de un estilo propio en que halla su pensamiento el más natural y amplio desarrollo, sus libros poseen un atractivo singular.

Dondequiera que se abra *La Antigua Retórica*, se siente uno captado por una exposición llena de brío en que no sólo se interpretan las ideas retóricas de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, sino que se les actualiza con referencias a los libros modernos aparentemente más distantes, se evoca humanamente a esos tratadistas, y se exhuma con poderosa intuición su lejano medio ambiente y sus influencias intelectuales.

El libro está escrito con elocuencia que resulta del entusiasmo que estas materias despiertan en el autor. A veces diríase que la Retórica misma lo ha tocado con su vara mágica: "Y la poesía, como la música, no sólo es sucesión de compases, sino pulso eléctrico del ritmo (esto lo entendió la Antigüedad); no sólo ritmo, sino

color melódico (esto la Antigüedad lo supo, sin detenerse a examinarlo); no sólo melodía, sino acorde o configuraciones unísonas (esto la Antigüedad lo analizó en la música, pero no lo extremó hasta la poesía".) Et caetera. En fuerza de practicar retóricos, diríase que algo de sus colores ha venido a reforzar su estilo habitualmente brillante.

La apología y exposición de Marco Tulio nos parece uno de los mayores aciertos del libro. Un estetismo *fin de siècle* puso en boga desdeñar a los latinos en general, y a Cicerón, el locuaz y honesto arpineta, en particular. Nada de peor gusto que estos exabruptos que años antes había condenado Sainte Beuve:

*Les Latins, les Latins, il n'en faut pas médire;  
C'est la chaîne, l'anneau, c'est le cachet le cire  
Odorant, et par ou, bien que si tard venus,  
A l'art savant et pur nous sommes retenus.*

Vayan nuestros parabienes al escritor que ha sabido con tan nobles páginas ensanchar grandemente el círculo de quienes le escucharon en la Facultad de Filosofía y Letras y que aprovechan su vasto saber y su pericia literaria bien reconocidos.

Julio TORRI.

*La Antigua Retórica en Filosofía y  
Letras, México, Oct. - Dic. 1942.*

IV. 8 Págs. 364 - 365.